tos actos de la vida de David, que en buena moral no podrían ser justificados. Su conducta para con Saúl es bastante equívoca. Después de la muerte de Saúl, el trono pertenecía á su hijo Isboseth; todas las tribus, á excepción de la de Judá, se agrupaban alrededor de él: la traición y el asesinato libraron bien pronto á David de aquel rival. Gracias al favor sacerdotal y á fuertes instituciones militares que parece haber copiado de los Filisteos, entre los cuales había residido largo tiempo, tal vez también por medio de milicias extranjeras asalariadas, el nuevo rey realizó su idea dominante, la supremacía de la tribu de Judá, una realeza fuerte, hereditaria en su casa, con su centro en Jerusalén. Esta futura capital del mundo religioso no había sido hasta entonces más que un burgo fortificado; David hizo de ella «una ciudad, cuyas casas se tocan.» A su muerte, el viejo rey había acabado con todos sus adversarios, realizado todos sus proyectos, y pudo repetir con orgullo este canto de guerra del tiempo de su juventud, que nos sorprende por su altiva y brutal energía:]

«Jehovah ha dicho á mi señor: «Siéntate á mi derecha, hasta que haga de tus enemigos un escabel para tus pies.

»Jeohovah extenderá de Sión el cetro de tu poderío; domina en medio de tus enemigos.

»Tu pueblo ha acudido á tu llamamiento con el brillo de los santos ornamentos; la juventud que te rodea es como rocío que sale del seno de la aurora.

»Jehovah lo ha jurado, y no se arrepentirá de ello: tú eres sacerdote para siempre á la manera de Melquisedech.

»El Señor está á tu derecha: el día de su cólera destruye á los reyes.

»Él reinará sobre las naciones, lo llenará todo de cadáveres, romperá cabezas en una vasta extensión.

»Él se refrigerará en su camino con el agua de un torrente; por allí levantará su cabeza.»

Esta realeza profana, contraria por muchos conceptos al verdadero destino de Israel, continuó durante todo el reinado de Salomón. El trono de David, según las reglas de extricta herencia, pertenecía á Adonías. Salomón lo ocupó gracias á la preferencia de su padre y á una intriga de harem dirigida por su madre Bethsabé, que fué siempre la esposa favorita. El asunto fué decidido por los *fuertes de David*, pequeño grupo de soldados de la especie más ruda, que habían constituído el nervio del precedente reinado. La voluntad de David fué preponderante, tan acostumbrado tenía á Israel á obedecerle. El más sabio de los reyes inauguró su reinado, según el uso de Oriente, haciendo degollar á Adonías y á su partido. Adonías, si hubiera triunfado, habría tratado de igual modo sin duda alguna al partido de Salomón. Sea como fuere, esas perturbaciones introducidas en la herencia originaron graves consecuencias é infirieron á la legitimidad de Israel un golpe, del que no se repuso jamás.

Si la idea de una monarquía conquistadora cruzó algún momento por la mente de David, acostumbrado á vivir con sus soldados y los filisteos, aquella era una idea irrealizable y que bien pronto fué abandonada. El pueblo hebreo era incapaz de una gran organización militar, y en efecto, bajo Salomón todo aquel aparato de guerra se inclina á la paz. El reinado de Salomón convirtióse en el ideal profano de Israel. Sus alianzas con todo el Oriente, sin respeto á las diferencias de religión, su soberbio serrallo que encerraba hasta setecientas reinas y trescientas concubinas, el orden y la belleza de los servicios de su palacio, la prosperidad industrial y comercial de su tiempo, reavivaron en las imaginaciones ese gusto por el bienestar y por las mundanas alegrías al que Israel se abandonó cuantas veces el aguijón del sufrimiento no le impulsó á más altos destinos. El Cantar de los Cantares es la expresión encantadora de la vida alegre, feliz,

finamente sensual de Israel, en uno de esos momentos en que, dejando dormitar el pensamiento divino, se abandona al placer. Una literatura profana, común en parte á los pueblos vecinos de Palestina, se sobrepuso á la poesía lírica de los salmistas y de los videntes. Salomón también cultivó esta sabiduría mundana casi extraña al culto de Jehovah, y que casi no es más que el arte de triunfar aquí abajo. Se le atribuyen obras, y es cierto que escribió. Menos poeta que su padre y no estando dotado como él del verdadero sentimiento de la vocación de Israel, púsose á describir las creaciones, «desde el cedro al hisopo»; después, si se ha de prestar crédito á la leyenda, cayó en el escepticismo, en el desprecio de todo, y se refugió en una sabiduría desesperada: «¡Vanidad de vanidades! Nada nuevo debajo del sol... Aumentar su saber es aumentar su pena... Yo he querido investigar lo que bajo el sol pasa, y he visto que sólo era aflicción de espíritu.»

Se aprecia cuán lejos estamos del ideal de Israel. La vocación de Israel no era ni la filosofía, ni la ciencia, ni el arte (exceptuando la música), ni la industria ni el comercio. Abriendo aquellas vías profanas, Salomón hizo en cierto sentido desviar á su pueblo de su destino completamente religioso. Se hubiera dado cuenta del verdadero Dios si semejantes tendencias hubiesen prevalecido. Siendo el cristianismo y la conversión del mundo al monoteísmo la obra esencial de Israel, á la que lo demás debe referirse, todo cuanto le ha apartado de este objeto superior no ha sido en su historia más que una distracción frívola y peligrosa. Pues bien, lejos de haber adelantado esta gran obra, puede decirse que Salomón lo hizo todo para comprometerla. Si hubiese triunfado, Israel hubiera dejado de ser el pueblo de Dios y habríase convertido en nación mundana como Tiro y Sidón. Los poetas ejercieron bajo su mando escasa influencia. Arrastrado

por sus relaciones con los pueblos más diversos y por el deseo de agradar á sus mujeres egipcias, sidonias, moabitas, llegó á una especie de tolerancia para los cultos extranjeros. Mientras que el sucesor de David pasaba el tiempo jugando á los enigmas con la infiel reina de Saba, se vieron sobre el monte de los Olivos altares á Moloch y á Astarté. ¿Qué más contrario al primer deber de Israel? Guardador de una idea á la cual el mundo debía afiliarse, encargado de sustituir en la conciencia del hombre el culto del Dios supremo al de las divinidades nacionales, Israel debía ser intolerante y afirmar atrevidamente que todos los cultos fuera del de Jehovah eran falsos y sin valor. El reinado de Salomón fué así, bajo muchos aspectos, un intervalo en la carrera sagrada de Israel. El desarrollo intelectual y comercial que había inaugurado no tuvo continuación. Sobre el fin de su vida, los profetas que había reducido al silencio le sobrepujaron y le hicieron una viva oposición. Sus obras, consieradas como profanas, en su mayor parte se perdieron; su memoria fue dudosa, y la amplitud de ideas que un momento había inaugurado no dejó en Israel más que un vago y brillante recuerdo.

Vemos manifestarse aquí la gran ley de toda la historia del pueblo hebreo, la lucha de dos necesidades opuestas que parecen haber arrastrado siempre en sentido contrario á esta inteligente y apasionada raza: de una parte la amplitud de espíritu, aspirando á comprender el mundo, á imitar á los otros pueblos, á salir del estrecho recinto en que las instituciones mosaicas encerraban á Israel; de la otra el pensamiento conservador al que estaba unida la salvación del género humano. Los profetas son los representantes de la tendencia exclusiva; los reyes, de un pensamiento más abierto á las ideas del exterior. El profetismo, más acomodado al genio y á la vocación del pueblo hebreo, debía necesaria-

mente triunfar é impedir á la realeza laica echar hondas raíces en Israel.

Lo que importa observar es que la autoridad profética, tan hostil á la realeza, no lo es casi menos al sacerdocio. El profeta no sale de la tribu de Leví; no enseña en el templo, sino en las plazas, en las calles y en los mercados; lejos de excitar á la observancia, según la costumbre del sacerdote, predica el culto puro, la indiferencia por las prácticas exteriores cuando no se unen á la adoración del corazón. La misión del profeta deriva de Dios directamente y representa los intereses populares contra los reyes y contra los sacerdotes, con frecuencia aliados á los reyes. De ahí un género de poder que no tiene semejante en la historia de ningún pueblo, una especie de tribunado inspirado, consagrado á la conservación de las ideas antiguas y de los antiguos derechos. No se puede negar que la política general de los profetas no se nos presenta como estrecha ni opuesta al progreso; esta era la verdadera política de Israel. Pareció al principio importuna aquella voz austera y monótona, prediciendo siempre ruinas, anatematizando los instintos que arrastraban al hombre antiguo al culto de la naturaleza. A menudo en esta larga lucha de los reyes y de los profetas, es á los reyes á quienes estamos tentados de dar razón.

La oposición de Samuel contra Saul es, de ordinario, poco sensata, y si los profetas dirigen á veces á David muy justas advertencias cuando llaman á aquel gran rey al cumplimiento de la moral, muy dado á olvidarla, no se puede negar que también á menudo sus reproches revelan una política bien inocente, por ejemplo, cuando presentan como crimen capital el padrón ó censo ordenado por David, y pretenden hacer considerar las calamidades que le seguirán como un castigo por esta medida, poco popular sin duda. Varios reyes presentados por los severos autores del Libro de los Reyes y de los Paralipómenos como malvados, eran acaso príncipes razonables, tolerantes, partidarios de alianzas necesarias con el extranjero, obedientes á las necesidades de su tiempo y á una cierta inclinación hacia el lujo y la industria. Los profetas, impregnados del antiguo espíritu semítico, enemigos ardorosos de las artes plásticas, iconoclastas fogosos, hostiles á todo lo que arrastraba á Israel en el movimiento del mundo, pedían á los reyes persecuciones contra los cultos que se apartaban del monoteísmo y les reprochaban como crímenes las alianzas sagradas que fuera contraían. Jamás se vió oposición más ruda, más violenta, más anárquica; y sin embargo, en el fondo, la oposición tenía razón. Ya que se parte del principio de que Israel no tenía más que una vocación, la conservación del monoteísmo, la dirección de su movimiento correspondía de derecho á los profetas. Israel no podia reunir á la humanidad alrededor de una misma fe sino apartando ante todo escrupulosamente toda influencia extraña; la conservación del monoteísmo no exigía ni estudio, ni variedad de espíritu, sino una inflexible tenacidad.

III

Durante sesenta años (cerca de diez siglos antes de la era cristiana), David y Salomón representaron el más elevado grado de gloria y de prosperidad temporal que hayan alcanzado jamás los hebreos. Desde entonces siempre más sus sueños de ventura se volverán hacia un ideal compuesto de David y de Salomón, hacia un rey poderoso y pacífico, que reinará de uno á otro mar y del que todos los reyes serán tributarios.

¿En qué momento esta idea fecunda, de la que saldrá el Mesías, hizo su aparición en Israel? No podría decirlo la crítica. Estas ideas, nacidas en el fondo de la conciencia de una nación, no tienen principio; como todas las obras profundas de la naturaleza, ocultan su origen en misteriosas tinieblas. ¿La idea del imperio del mundo ha nacido en Roma en un momento dado? No; es tan antigua como la misma Roma, y fué, en cierto modo, grabada en la primera piedra del Capitolio. La fe en el Mesías, vaga, obscura, entrecortada por eclipses y olvidos, reposa igualmente en los más antiguos cimientos de Israel.

La ineptitud de los hebreos para un gran papel político se revela más y más cada día. A partir de Roboam, casi siempre están en vasallaje, primero bajo Egipto, después bajo Asiria, luego bajo Persia, después bajo los griegos, luego bajo los romanos. Una causa particular aceleró la ruina de su poderío temporal. La tribu de Judá, llegada á la preponderancia por la victoria de David, no logró jamás ahogar la individualidad de las otras tribus y fundar la unidad de la nación. Las tribus del Norte de Palestina, agrupadas alrededor de la de Efraim, aspiraban á separarse y no soportaban sino impacientemente la dependencia religiosa en que les tenía Jerusalén. Los considerables gastos de Salomón que pesaban abrumadoramente sobre las provincias y no aprovechaban más que á la capital, acabaron de divorciar los intereses del Norte y del Sur. Efraim, con su montaña de Garizim, rival de Sión, su ciudad santa de Bethel, sus numerosos recuerdos de la edad patriarcal, era sin disputa la más respetable de las individualidades que luchaban contra la acción absorbente de Judá. La rivalidad de estas dos familias principales de los israelitas data de las épocas más remotas de su historia. En el tiempo de los jueces, Efraim, por la permanencia del arca en Silo y por su importancia territorial, tuvo verdaderamente

la hegemonía de la nación. La idea de una monarquía israelita estuvo un momento á punto de ser realizada por Efraim. Después de la muerte de Saúl, vemos á esta tribu agrupar á su alrededor todas las del Norte, oponer sin éxito Isboseth á David, el hábil y afortunado campeón de las pretensiones de Judá, en fin, después de la muerte de Salomón, hacer triunfar sus tendencias separatistas por el cisma del reinado de Israel y el advenimiento de una dinastía efraimita. De entre los jefes de los obreros que Salomón hacía trabajar en la construcción de la terraza entre Sión y Moria, se fijó en un robusto joven de Efraim, cuyo aspecto inteligente le impresionó, y al cual dió una función importante en su administración. Aquel era el hombre destinado á dar un golpe mortal á la casa de David. Jeroboam levantó, en vida misma de Salomón, el estandarte de la rebelión: los apuros financieros que siguieron á la muerte del gran rey le proporcionaron excelente ocasión para consumar una reparación que se había hecho inevitable.

No se puede decir que el cisma de las diez tribus haya sido, bajo el punto de vista del destino general del pueblo hebreo, una seria desdicha. Reducido á un espacio de veinte leguas de largo por quince de ancho, Judá, abandonada á sí misma, se purifica y se exalta; sus ideas religiosas se desenvuelven y se complican. El Norte, al contrario, entregado á dinastías brutales y presa de revoluciones continuas, fué bien pronto anulado: la tradición religiosa se debilitó. Duramente rechazados por los judíos desdeñosos de Jerusalén, cuando quisieron después de la cautividad reedificar el templo con ellos, los samaritanos no hicieron casi otra cosa más que copiar de lejos las instituciones de Judá. Tomaron su revancha por el cristianismo. El Cristo encontró el mayor número de sus discípulos en las provincias despreciadas, mal reputadas por la ortodoxia, del antiguo reino del Norte, y

en este sentido se puede sostener que Samaria ha tenido tanta parte como Jerusalén en la obra capital de Israel. Esta antigua fracción del pueblo hebreo, que si no ha tenido el brillante destino de Judá, le ha casi igualado por su perseverancia y su fe, está en nuestros días en vísperas de extinguirse y ofrece al mundo el singular espectáculo de una religión que va á morir. Las persecuciones, la miseria y el proselitismo de las sectas más activas, sobre todo de las misiones protestantes, amenazan cada punto su débil existencia. En 1820 los samaritanos eran aún cerca de quinientos. Robinsón, que visitó Naplouse (la antigua Sichem) en 1838, no encontró más que ciento cincuenta. En una súplica que dirigieron al Gobierno francés en 1842, confiesan que están reducidos á cuarenta familias. Su anciano sacerdote Salamé, hijo de Tobías, que correspondió con el obispo Gregorio y M. de Sacy, vive aún; pero no parece que después de él deba continuar el conocimiento de la lengua y de las tradiciones samaritanas. Hoy que todo el mundo busca en Oriente alguien á quien proteger, ¿quién pensará en esos pobres samaritanos?

Es notable, por lo demás, que el profetismo en el reino del Norte fuera al principio un elemento de perturbación política aun más grave que en el Sud, é hizo allí imposible toda ley de herencia, mientras que en Jerusalén el prestigio de la casa de David y el privilegio incontestado de los levitas mantuvieron una especie de derecho divino para la sucesión al trono y al sacerdocio. Elías y su escuela nos representan este momento de la omnipotencia profética, haciendo y deshaciendo las dinastías, gobernando en realidad bajo el nombre de reyes en tutela. Las páginas más bellas del libro de M. Ewald son las en que expone el carácter y el papel de Elías. Este gigante de los profetas, por su vida anacorética, por el traje particular que llevaba, por su retiro invisible en las montañas, del que no salía, como un sér sobrenatural,

más que para dirigir sus amenazas y desaparecer en seguida, rompe fuertemente con la fisonomía más sencilla de los profetas antiguos y la escuela menos ascética de los profetas letrados. No tardó, en efecto, en operarse una gran revolución en la forma del profetismo. Los profetas de la escuela de Elías y de Elíseo no escribían: al antiguo profeta hombre de acción sucede el profeta escritor, que no busca su fuerza más que en la belleza de la palabra. Aquellos sorprendentes publicistas enriquecieron las escrituras hebraicas, limitadas hasta entonces al relato histórico, al cántico y á la parábola, con su género nuevo, una especie de literatura política, alimentada por el acontecimiento del día, y á la cual sólo la prensa y la tribuna de nuestros tiempos pueden ser comparadas.

Tanto como el porvenir profano de Israel parecía debía ser destruído sin remisión, se ensanchaban sus destinos religiosos. Los últimos tiempos del reino de Judá presentan uno de los movimientos religiosos más sorprendentes de la historia. Allí están los primeros orígenes del cristianismo. La antigua religión hebraica, sencilla, severa, sin teología refinada, no es casi más que una negación. Hacia el tiempo de que hablamos, un pietismo exaltado, que condujo á las reformas de Ezequías y sobre todo de Josías, introdujo en el mosaísmo elementos nuevos. El culto se centraliza más y más en Jerusalén; la oración comienza. La palabra devoción que á nada corresponde en la antigua religión patriarcal, empieza á tener sentido. Circulan nuevas ediciones del código mosaico, concebidos en el tono de la predicación, cuya autoridad realzaban ciertos piadosos artífices; cánticos compuestos por literatos é impregnados de alguna retórica avivan en las almas el celo del mosaísmo. Un estilo bajo, prolijo, pero lleno de unción, cuyo tipo encontramos en la obra de Jeremías, caracteriza esas producciones. Inútil es añadir que

cada recrudecimiento de piedad era acompañado de un recrudecimiento de intolerancia y de persecución contra todo lo que no estaba conforme con el monoteísmo más puro.

En la manera de sentir se manifiesta al mismo tiempo una profunda modificación. Un espíritu de dulzura, un sentimiento delicado de compasión por el débil, el amor al pobre y al oprimido, con matices desconocidos para la antigüedad, se abre paso por todas partes. La profecía de Jeremías y el Deuteronomio, son ya bajo este aspecto libros cristianos. El amor, la caridad nacen en el mundo. Al mismo tiempo prosperaba la idea querida de Israel, la espera de un rey modelo que haría reinar á Dios en Jerusalén y realizaría los antiguos oráculos. Largo tiempo se creyó que aquel rey perfecto iba á venir; pero cuando se vió á Josías realizar casi el ideal del soberano teocrático y perecer miserablemente, la esperanza se encontró fuera de lugar. El sistema muy sencillo sobre el que descansaba el edificio social de Israel, el pacto de Dios y de la nación, en cuya virtud, mientras tanto que la nación permaneciese fiel á Jehovah, sería feliz y triunfante, aquel sistema repito, no podía escapar á los más rudos mentís. Los profetas encargados de aplicar este extraño principio debían tener más de una lucha que sostener contra la realidad. A menudo las épocas en que la piedad fué más viva, fueron las más desgraciadas, y se puede decir que la catástrofe final sorprendió á Israel en medio de un período de fervor bastante grande. Endurecido contra las decepciones, habituado á esperar contra la esperanza, Israel apeló de la letra al espíritu. La idea de un reino espiritual de Dios y de una ley escrita, no en la piedra, sino en los corazones, se le apareció como la aurora de un nuevo porvenir.

Mientras que en el seno de Jerusalén se agitaban estas delicadas cuestiones, de las que dependía el porvenir religioso del mundo, se establecían en Oriente robustas y omnipotentes monarquías, á las que la destrucción del reino de Judá debía apenas costar esfuerzo alguno. Los hebreos, con sus ideas tan sencillas en materia de organización política y militar, experimentaron una viva impresión de asombro y de terror, cuando por vez primera se encontraron en presencia de aquella formidable organización de la fuerza, de aquel materialismo impío y brutal, de aquel despotismo en que el rey usurpaba el lugar de Dios. Los profetas, ciegos según la carne, clarividentes según el espíritu, no cesaban de rechazar la única política que hubiera podido salvar á Israel de batir en la brecha á la realeza y de excitar con sus amenazas y su puritanismo las agitaciones interiores. Se les vió mantener su obstinación sobre las ruinas de Jerusalén y triunfar casi de los desastres que realizaban sus predicciones. Una política vulgar les condenaría y les haría en gran parte responsables de las desdichas de su patria; pero el papel religioso del pueblo judío debía ser siempre fatal á su papel político. Israel debía tener la suerte de los pueblos consagrados á una idea y pasear su martirio á través de los desdenes del mundo, esperando que el mundo, arrepentido, viniera á pedirle como suplicante un puesto en Jerusalén.

IV

La cautividad no alcanzó más que á un reducido número de habitantes de Palestina, pero hirió la cabeza de la nación y toda la clase en la que residía la tradición religiosa, de suerte que el espíritu entero de Judea se encontró transportado á Babilonia. Tal es la causa que hizo salir á luz en las orillas del Eufrates las más bellas producciones del genio

hebreo, esos salmos conmovedores que llegan al alma, encantándola y penetrándola de tristeza y de esperanza, esas incomparables odas proféticas que se han añadido á las obras de Isaías. Desde entonces se formó en Babilonia, ó por mejor decir, en las pequeñas ciudades agrupadas alrededor de la gran ciudad, como una segunda capital del judaísmo. Los restauradores de las instituciones y de los estudios antiguos en Judea, como Esdras y Nehemías, vienen de allí y se indignan á su llegada de la ignorancia y de la corrupción de lenguaje de sus correligionarios de Palestina. Después de la destrucción de Jerusalén por los romanos, Babilonia volverá á ser el centro principal de la cultura intelectual de Israel, de suerte que se puede decir que se ha efectuado dos veces la continuación de la tradición judía para aquella ciudad, á raíz de las dos grandes catástrofes que, á siete siglos de distancia, arruinaron enteramente al judaísmo y á Jerusalén.

No sé si hay en la historia del espíritu humano un espectáculo más extraño que el de que fué testigo Babilonia en el siglo VI, antes de la era cristiana. Este pequeño grupo de desterrados, perdido en medio de una multitud profana, sintiendo á la vez su debilidad material y su superioridad intelectual, viendo á su alrededor el reinado brutal de la fuerza y del orgullo, se exalta y alcanza el cielo. De tantos oráculos divinos aun no realizados, de aquel montón de esperanzas fallidas, de aquella lucha de la fe y de la imaginación contra la realidad nació definitivamente el Mesías. En presencia de la iniquidad, triunfante, Israel apeló al *gran día de Jehovah* y se lanzó resueltamente en el porvenir.

¿Qué vió allí el profeta innominado (cuyas obras han sido puestas á continuación de las de Isaías), que fué en aquel momento decisivo el intérprete del pensamiento de Israel? Los sueños del enfermo que en los accesos de fiebre ve desenvolverse delante de él otro mundo y brillar otro sol, no tuvieron jamás ardores semejantes. No podemos más que indicar el motivo de esos himnos divinos con los que el ilustre desconocido saludó á la nueva Jerusalén: «¡Levántate, resplandece, Jerusalén!...»—«¡Voz que clama en el desierto: preparad los caminos de Jehovah, allanad los senderos!...»—«¡Qué bellos son en las montañas los pies de aquel que anuncia la salvación!...»—«¡Cielos, derramad vuestro rocío y que las nubes viertan la justicia!...»—«¿Quién es aquel que viene de Edom, que llega de Bosra con la túnica manchada de sangre?...»—Después en una obscura y misteriosa visión, esta sublime apoteosis del *hombre de dolor*, el primer himno al sufrimiento que haya oído el hombre. En parte alguna estalla mejor que en las inspiradas páginas de que hablamos, el don especial de Israel, la *fe*, la conciencia de su superioridad sobreviviendo á todas las derrotas, la certeza en el porvenir, que dió á un puñado de cautivos la seguridad de afirmar que el mundo un día les pertenecía. «Dirige tus ojos á tu alrededor y mira, Jerusalén, esas multitudes que vienen y se reunen: te traen hijos de comarcas lejanas; las muchachas se aprietan contra tu seno. Una multitud de camellos, los dromedarios de Madian y de Epha, desbordan; éstos vienen de Saba trayendo oro y plata y anunciando las alabanzas de Jehovah. Los rebaños de Cedar se precipitarán hacia tí; los carneros de los Nabateos se ofrecerán por sí mismos para tus sacrificios. ¿Quiénes son estos que vuelan como nubes, como palomas hacia su abrigo? Las islas del mar están en espera; los bajeles de Tarteso están prontos para traerte jóvenes. Los extranjeros se ofrecerán para edificar tus murallas; los reyes se harán tus servidores. Tus puertas estarán abiertas noche y día á fin de dejar entrar la flor de las naciones y los reyes traídos para rendirte homenaje. Los hijos de aquellos que te han humillado vendrán encarnados hacia tí; los que te despreciaban besarán la huella de tus pies y te